

peregrinacion sobre la tierra, y seremos colocados despues, en premio de nuestras virtudes, en las puras y eternas delicias de la gloria. Amen.

RELIGION PRÁCTICA.

Deum time, et mandata ejus observa: hoc est enim omnis homo.

Teme á Dios, y guarda sus mandamientos: porque esto es el todo del hombre.

(Ecc. xii, 13.)

La religion del corazon es sin duda la primera y la mejor de las afecciones del alma: no hay nadie que quiera excluir la presencia, disputar la dulzura de ella. Justamente pues, se consagrará el más magnífico lenguaje para celebrar las aspiraciones del alma hácia el Dios que la ha criado, que la atrae á su amor y quiere unirle á su beatitud infinita. Todos los sentimientos elevados, generosos y sinceros del hombre se reunen y forman una alianza que parece natural con el sentimiento religioso. El génio, en los días, en las horas de su mayor expansion, encontrará en su grandeza y en su gloria el más solemne, el más bello testimonio de esa aspiracion religiosa, que es en el fondo la parte más poderosa y más fecunda de la vida de la humanidad. Bien; pero eso no basta.

¿Seria pues posible, que en el número de los hábitos aceptados y justificados por hombres graves, debiéramos colocar, aprobándolo, el de una vida que sigue su curso sin ninguna religion verdaderamente práctica? No, sin duda alguna.

Sin embargo, ¿qué presenta el mundo á nuestras miradas, en medio de consuelos cuyo poder no pretendo de ningun modo debilitar, aún despues de los dias bendecidos que acaban de pasar?

Es menester confesarlo; hombres, depositarios de los destinos de la sociedad, ó á lo ménos de la familia, nos ofrecerán el espectáculo de una existencia que no se vé animada por ninguna expresion práctica de creencia y de culto; la religion está ausente de su vida; su

lenguaje no les es conocido; ellos no sienten sus inspiraciones, ó no las aceptan; sus relaciones, sus alianzas, sus actos no aparecen á los ojos que los buscan. El más animoso esfuerzo de caridad puede solo llegar á suponer, que aún sobrevive el pensamiento religioso en tales almas; pero que dormita inerte, estéril, oculto bajo las espesas nubes de la ilusion.

Pero respecto de nosotros, que sentimos la fé vivificante dentro de nuestros pechos, nosotros reconocemos su necesidad y buscamos su apoyo; nosotros, que ni siquiera concebimos el estado de un alma sin el acto de la vida práctica de la religion, nosotros no podemos pasar, viajeros descuidados é indiferentes, al través de esta patria terrestre, sin deplorar ese mal inmenso, esos ataques crueles de una muerte que deshereda toda esperanza. Nosotros debemos sondear sin temor las profundidades de ese sepulcro que queda abierto para un crecido número, de ese sepulcro, donde caen los bienes de la inteligencia, los del corazon y la virtud con las acciones más heroicas y más puras. Nuestra voz, animándose con todo el impulso de la verdad que se ama, y del celo que se siente por las almas, debe prevenir á las generaciones perezosas ó extraviadas, á fin de hacer resonar en sus oídos la hora del despertar y del arrepentimiento.

En el momento que nos reunimos en esta santa casa, cumplo con esta mision; y yo quiero fortalecer á los unos, ilustrar á los otros, si es posible; quiero decir, con toda la energía de mis convicciones, que la religion debe ser práctica para todos, es decir, expresada por actos, por el culto y por la fidelidad exterior tanto como interior de toda la vida. Imploremos primero los auxilios necesarios: A. M.

4. La religion encierra en su seno condiciones y caracteres inseparables de su naturaleza. Estas condiciones, estos caracteres constitutivos y conservadores de la religion misma, la demuestran, la hacen necesariamente práctica; de suerte, que una religion especulativa, una religion puramente intelectual y de sentimiento, es una quimera sin realidad, un sueño como otro cualquiera, una decepcion funesta y lamentable. Hé aquí con este motivo dos principios que recomiendo á vuestra particular atencion.

El hombre es esencialmente el sér activo y práctico; la religion hecha para el hombre es tambien esencialmente práctica; ésta no podria consistir únicamente en una simple teoria, en una sensibilidad vaga y estéril. La sociedad humana vive con una vida práctica expresada por instituciones y por actos; la religion, fundamento y sancion de la vida social y de la civilization, debe ser necesariamente

práctica ella también, realizarse con leyes, y manifestarse por medio de las acciones del hombre y del cuerpo social. En resumen, el hombre es práctico, la religión debe serlo; la sociedad es práctica, el hombre debe serlo también. Estas dos ideas, señores, son dignas de serias meditaciones.

El hombre es práctico; la religión debe ser práctica. Cuatro pensamientos esclarecerán esta verdad. Yo puedo caracterizarlos en estos términos: la analogía de los hechos, la lengua vulgar, la razón metafísica ó esencial de las cosas, la naturaleza y el fin mismo del hombre. Si el hombre, en su naturaleza y en su vida, pudiese ser concebido como capaz para todo destino, de cierto equilibrio intelectual de ideas y de teorías; si pudiese ser concebido para llenar una misión aquí abajo y llevar á un término su existencia, como capaz solamente de especulaciones, en vez de actos, de efectos positivos cumplidos y realizados, yo concebiría también una religión puramente especulativa y teórica relegada, por decirlo así, á la cima nebulosa del pensamiento humano, en la región de la razón pura, sin descender jamás al dominio positivo y práctico de los actos. Pero, si yo estudio, si yo considero alentamente al hombre, su poder, su actividad, la sensibilidad que le es propia, la energía y la necesidad de su naturaleza, veo que el hombre es esencialmente, necesariamente práctico, es decir, que necesariamente expresa, realiza, pone en acción lo que ocupa y llena su alma. En verdad, todas las cualidades interiores del hombre, todas sus facultades, no son más que un principio de operaciones y acciones exteriores; y cuando se quiere formar una idea exacta de lo que puede ser la vida, de lo que es la vida, es menester definirla necesariamente: «el principio interior de la actividad que reside en nosotros.»

Si se vive, es para obrar; cuando no se obra, es que ya no se vive. Si pues la religión existe y vive realmente en un corazón, necesariamente tiene que obrar, que producirse, que realizarse cada vez más activa y eficaz; y lo que prueba esto, en primer lugar, es la analogía de los hechos. Decídmelo, señores, tomando los hechos con toda su sencillez, ¿es la ternura del niño hacia su madre real y viva, cuando ninguna palabra, ningún acto, ninguna expresión, ningún testimonio viene á confirmar su realidad, su presencia? No, sin duda... Pues bien; ¿cómo la religión del corazón, la religión del pensamiento sería profunda en un alma? ¿Cómo la adoración sincera del corazón sería una verdad sin verla jamás exhalar en los acentos de la oración, sin que se exprese y explique por medio de un culto positivo y práctico? Ciertamente, señores, y no es necesario que yo lo diga, un

mérito grande de las cosas terrestres consiste en tener un espíritu práctico, ideas prácticas: vosotros convendréis en ello sin dificultad; y todos debemos pedir á Dios que nos libre, para la dirección de los negocios, para la influencia en la sociedad, que nos libre, digo, de los espíritus especulativos y soñadores, amigos de consideraciones y teorías brillantes, pero faltos de ejecución y de acción. La ejecución, la acción... Pero justamente ahí se encierra el verdadero poder del hombre; ahí está su gloria, su grandeza, porque ahí está su fuerza verdadera expresada y realizada.

Todo, en el mundo moral, nos enseña que la acción debe seguir á la facultad y al pensamiento; que el pensamiento y la facultad no son nada, absolutamente nada, si no se explican por medio de actos; que por eso mismo, la religión debe de ser expresada, ejecutada y realizada en las acciones de la vida. No es misericordioso quien quiere, sino solo el que socorre el infortunio. Vosotros veis, que este hecho tan sencillo viene á probaros que la religión necesita y debe ser expresada y practicada. ¿Qué se querría, pues?... ¿Qué la religión fuese en el mundo la única facultad, el único poder ideal é imaginativo? ¿Qué ninguna ley soberana del Criador, que ninguna obligación convirtiese á la religión, al culto en regla positiva y práctica, impuesta á la vida entera del hombre?... Eso no es posible, y el error sirve aquí de prueba evidente de la verdad.

En efecto, todas las religiones falsas que se han producido en el mundo han sido practicadas. El vicio y la mentira se erigieron en culto, tuvieron sus altares, sus sacerdotes, sus sacramentos; en la aplicación hubo un horrible desorden; pero la verdad existía en el principio, en la acción, en la misma realización necesaria del sentimiento religioso. Porque, comprendedlo bien, si no hay esa expresión positiva y activa, preciso es decir, ó que la religión no existe, ó que es muy poca cosa. Esto es lo que demostrará palpablemente á todos los que me escuchan, la lengua vulgar, esa lengua del sentido común, ese tipo de la verdad.

Yo preguntaré de buena gana á la franqueza de la lengua vulgar: ¿qué es el hombre sin religión? y ella me dirá: un hombre sin religión es aquel que no practica ninguna, aquel que en su vida, en los actos de su vida, en la conducta de su existencia, no demuestra, no realiza ninguna fe religiosa. Sí, según la lengua vulgar y la expresión del buen sentido popular; es ese un hombre sin religión. Y no pretendo negar el pensamiento religioso, el sentimiento religioso, la especulación; pero en lo verdadero, para que haya un dato positivo, para que pueda ser reconocida la realidad de una existencia, es necesaria al

pensamiento, al sentimiento, á la especulacion, á la teoría, una práctica: una religion no practicada no es una religion. ¿Quereis todavía interrogar la expresion y la lengua de la verdad y del buen sentido en las cosas que pueden pasar por las más especulativas? Pues bien; la ciencia misma, esa corona de inteligencia, la ciencia, oídlo bien vosotros los que os entregais al estudio; la ciencia no logra verdadera gloria sinó á condicion de ser realmente práctica, de tener por objeto, por fin, por ley única el de suprimir ó aliviar alguno de nuestros males, el de producir algun bien más en la tierra.

Pero vosotros me direis quizá: la filosofia, por ejemplo. ¿no es una ciencia especulativa? Yo respondo: la filosofia no es la primera de las glorias de la inteligencia humana (realmente, á lo ménos); la filosofia no está colocada tan encima de las otras ciencias sinó á condicion de servirles de regla, de guia, de ordenador; á condicion de poder ser ella misma aplicable á las otras ciencias, al bien de la sociedad y de la vida humana; á condicion de depositar en las inteligencias que ella ilumina, esos principios fecundos de orden, de verdad, de lógica; principios tan preciosos, que influyen visiblemente sobre el bien moral de la humanidad, de las sociedades y de los individuos. Si fuese cierto que hubiera en el espíritu humano ideas solo por tener ideas, teorías solo por teorías, especulaciones solo por especulaciones, sin que debieran entrar jamás en el mundo real (lo cual es imposible); en ese caso yo diría: eso no es la humanidad; eso no es el hombre, ni su energía, ni su poder, ni su destino. Cuando la religion se halla enerrada de esa suerte en la religion indefinida de la especulacion, la religion no es tampoco la religion. Así se explica la lengua vulgar, la lengua usual.

Permitid que insista todavía en ello; porque la cosa es importante. Yo tengo tanto interés en atraer á aquellos que no han cedido aún á Dios, á aquellos que no practican la fé, que os ruego, que me permitais apoyar las verdades que expongo desde esta cátedra en las razones íntimas y naturales de las cosas accesibles á todo el mundo, á fin de que la conviccion que existe ya en la mente de todos, adquiera la claridad del mediodía. Sin la práctica para realizar las doctrinas, ¿qué seríamos? ¿Cómo conoceríamos el bien, el mal, el honor, la infamia?... Seria imposible. ¿Para qué servirían los pensamientos, los afectos sublimes que no habian de ser secundados por acto alguno? ¿Qué serian las virtudes más heroicas y más bellas, si ninguna cosa las atestiguara? ¿Qué seria el patriotismo sin sacrificio positivo? ¿Qué seria el valor si no se afrontaba ningun peligro? Todo esto no serviría de nada. Pues bien; lo mismo sucede con la religion. Se es buen

no, irritable, duro, caritativo, exigente, blando, en virtud de la prueba, en virtud de la realizacion; religioso y cristiano del mismo modo.

Cualquiera que sea la disimulacion de la voluntad en esta materia, cualquiera que sea la agudeza del ingenio del hombre y su propension á lo vago é indefinido de las especulaciones y teorías, es menester llegar siempre á esta verdad necesaria y lógica, al mismo tiempo que es de una experiencia irrecusable: que toda la religion sincera y viva se expresará y realizará necesariamente en la práctica. Si no fuera y no se viera esto así, entónces, el hombre estaria truncado, el hombre estaria mutilado; carcereria de su verdadero y principal honor; no tendria á la faz de su Criador, á la faz de la sociedad humana, á la faz de sus hermanos, esa expresion augusta que debe circundar su frente, esa corona inmortal que debe brillar en su cabeza; él no revelaria en la tierra el hijo y heredero de los cielos. La fé no es nada sin la expresion, sin la práctica de la religion. Yo quisiera hacer comprender bien esta verdad, porque ella abraza al hombre entero, puesto que, en definitiva, el destino íntimo del hombre, su fin primero y último en la tierra es ir á buscar á Dios, acercarse á él, alcanzarlo para poseerlo un dia. Esto es lo que nos dice el pensamiento revelado: «Teme á Dios, observa sus mandatos: esto es el todo del hombre.» *Deum time, et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo.*

No creo que necesito repetir, que el hombre es práctico en sus hábitos, en su vida, en la union lógica y necesaria de sus actos y de toda su conducta: vosotros lo sabeis seguramente. Pero tened cuidado, porque hay consejos que suben del corazon, ilusiones que provienen de un secreto imperio, y entónces el entendimiento se oscurece, la fuerza se pierde; lo que se ha querido, lo que ha sido prometido, prometido á Dios y á si mismo ejecutar y realizar en la vida, todo eso desaparece. No olvidéis pues, que si el hombre es práctico y activo, activo para el mal (vosotros lo sabeis demasiado), como para el bien, debe ser igualmente activo para la religion. Yo debo, sin embargo, apoderarme de las inconsecuencias que son tan comunes en la vida, á fin de defenderos de vosotros mismos, de defender de ellos mismos á los que no hubieran llegado todavía á ese resultado bendecido que hemos buscado con tanto anhelo en los dias que acaban de pasar. ¿No es verdad que amais la pátria? El hogar paterno es vuestro asilo sagrado, donde vais á refugiarnos con vuestros amargos dolores, con vuestros tiernos afectos... Pues bien, ¡practicad la religion en vuestra vida, que ella es la verdadera gloria, la grandeza de la sociedad y de la pátria!

2. El hombre es esencialmente activo y práctico; la religion debe ser tambien activa y práctica por la naturaleza de las cosas, segun acabo de decirlo. Ahora bien; la sociedad humana es práctica: la religion, que es tambien una sociedad, debe ser una sociedad práctica. Así como en el estado, en la sociedad civil, el miembro verdadero, el miembro útil del cuerpo civil es principalmente el ciudadano práctico, permitidme que use esta palabra; así tambien en la sociedad espiritual y cristiana, el miembro verdadero, el miembro útil es el cristiano práctico. A vuestras convicciones apelo, á vuestros sentimientos generosos, sinceros é íntimos; ¡oh! sí; la pátria es cosa grande, digna de nuestra admiracion y de nuestros mayores sacrificios; al contemplarla, al ver las muchedumbres extendidas en un vasto territorio, reunidas como las facces romanas, por decirlo así, para pensar, querer y obrar como un solo hombre, no se puede prescindir de considerarla como uno de los mayores prodigios. ¿Cuál es el lazo misterioso, cuál es el poder que puede aglomerar así en buen concierto las partes diseminadas de un vasto imperio para formar con ellas lo que llamamos un Estado? Se ha buscado, y se buscará quizá por mucho tiempo la razon fundamental de las sociedades; pero jamás se reconocerá, si ante todo no se quieren reconocer y venerar los designios paternales de la providencia, que por sí sola ha podido producir y conservar esa afinidad maravillosa; el lazo secreto y vida secreta de las naciones. Al cabo no es gran mérito el reconocerlo; Dios solo ha podido ser autor de las sociedades, como de todo lo demás; él solo ha podido fundarlas, conservarlas con su potente mano que reasume toda unidad. Por eso, el amor de la pátria, el verdadero amor de la pátria, halla un móvil eficaz en las creencias religiosas. Los designios paternales de la Providencia reunieron evidentemente un pueblo entero á fin de formar con él una gran familia, una familia de hermanos siempre unidos; porque tal es la pátria.

Pero vosotros convedreis conmigo, sin que sea preciso que me extienda mucho en este punto: la pátria, para existir, para realizarse á nuestra vista, ¿necesita aparentemente de una forma exterior y una expresion práctica? ¿Qué sería, os pregunto yo, una sociedad de especulaciones, de ideas y teorías puras? ¿Qué lazo uniria entre sí á los hombres?... Esa sociedad sería un estado con corta diferencia como las nubes serían un mundo; eso no sería nada, absolutamente nada. Para que exista la pátria, para que la sociedad se realice á nuestros ojos, son necesarias leyes, poder, instituciones en ejercicio y acción; es menester que esas ruedas giren y se muevan sin cesar; justicia, administracion, policia, hacienda, ejército; porque sin esto no se

concibe la sociedad, ni es posible el Estado. Pues lo mismo sucede con la religion. La religion es una sociedad poderosa; ella une, ella asocia los hombres para la conservacion de sus más preciosos intereses; su fe, su conciencia, su libertad, su eterno porvenir.

La religion es superior sin duda á todos los intereses del tiempo y de la tierra: en efecto, ella los preside, ella protege todos los derechos, ella garantiza todos los deberes, ella se une, sin confundirse, con la sociedad civil, á fin de comunicarle todos los principios sólidos y fecundos de vida, de verdad, de orden, de duracion, de gloria y de prosperidad. Por esta razon, la religion debe ser necesariamente práctica; ella debe realizarse, expresarse entre los hombres por medio de instituciones sagradas, actos positivos, leyes ejecutadas; sin esto no existiría verdaderamente; ni más ni menos que una sociedad con leyes especulativas, instituciones teóricas, deberes y derechos puramente especulativos y teóricos. La comparacion es aquí lógica y la consecuencia es inevitable. Ved cómo apareció el cristianismo en el mundo. ¡Magnífico fué el espectáculo de los pescadores, de los bateleros de Galilea, anunciando al mundo tan dichosa nueva! El cristianismo se presentó en la tierra bajo los harapos de la Judea; él declaró que venia á trasformar y salvar al mundo; él declaró que con su moral sobrehumana se proponia penetrar en el fondo de los corazones y de las almas para regenerarlos, para cambiarlos; pero él declaró tambien que se proponia explicarse por medio de obras; que se realizaria y expresaria en una série de actos y prácticas positivas de la existencia humana.

Si; el cristianismo declaró al mundo que venia á moralizarlo, civilizarlo, rescatarlo, elevarlo, ilustrarlo, ennoblecerlo; pero con esta condicion rigorosa y verdadera, puesta desde su origen: la expresion práctica de las leyes del Evangelio y del culto revelado. Por eso al mismo tiempo aparece con la Iglesia esta gerarquía santa, pacífica y poderosa, que bajando de grado en grado, llega á los últimos límites, y alcanza á todas las necesidades de la familia y de los individuos. Ved como son dispensados en la tierra los bienes de la gracia y de la divinidad; ved esa economía maravillosa que viene á examinar todos los males del alma para curarlos. El niño nace para esta vida de lágrimas y de trabajo; al punto la Iglesia cristiana lo inicia en la vida espiritual de la gracia y de la fe; ella lo regenera, ella lo hace participar de los dones divinos y del patrimonio celestial. Esto es lo que conocemos con el nombre de Bautismo. El niño crece: la Iglesia lo confirma con su fuerza y su espíritu. Colocado en la cúspide de la autoridad y de la gracia, el pontífice le impone las manos, lo marca

con el óleo santo. El nuevo atleta queda armado, fortalecido, y Dios lo envía á la lucha, al combate, á las pruebas de la virtud; este es el sacramento de la Confirmación.

Al hombre mortalmente herido en su gracia, la Iglesia le ofrece un remedio que cura las heridas, que levanta al caído, anima la esperanza desfallecida, concede el perdón al arrepentimiento, dispone al alma para nuevos ataques. ¡Sed bendecidos en el nombre de Dios tres veces santo, vosotros los que habeis sentido la fuerza y la dulzura del sacramento de la Penitencia, los que habeis borrado vuestras culpas con este bálsamo reparador! Pero el hombre tiene hambre y sed; necesita un alimento. Ese alimento está preparado; un misterio de amor se realiza en el corazón del hombre; el mismo Dios se convierte en el pan sustancial de la vida, y se hace compañero, amigo del viajero que cruza este valle de amargura. Ahí tenéis el sacramento de la Eucaristía, banquete sagrado que nos convida sin cesar, y al cual debemos asistir con frecuencia. La mejor ley que podeis dictar á vuestros corazones es la de no aguardar para sentaros á él el día de la Pascua.

Es menester propagar el reino de Dios en la tierra; es menester engendrar, formar cristianos para la verdad, para la virtud, para el espíritu de redención. El sacramento del Matrimonio cumple este objeto. ¡Alianza bendita, unión santa, sagrada, formada para ayudarse mutuamente, para santificarse el uno al otro cumpliendo los preceptos del Criador; sacramento en el que la mujer, la madre cristiana, encuentra con la gracia una mision tan sublime, una dignidad tan elevada! El sacerdocio debe perpetuarse tambien; él debe tambien propagar, conservar el reino de Dios, renovar la milicia santa; el sacramento del Orden ofrece este resultado. Este sacramento nos hace sacerdotes; él nos procura la dicha de dedicarnos á la salvacion de las almas.

Por fin, llega la postrera hora del combate, la agonía, la muerte del cristiano. En este trance terrible la Extremaunción viene á fortificar, á purificar el alma en aquellos momentos angustiosos. En todo tiempo, ya lo veis, á la entrada de la vida, en su madurez, en su declinacion, la Iglesia nos acompaña, y va con nosotros á todas partes, llevándonos sus remedios saludables, sus provechosas lecciones, como una madre cariñosa, ocupada incesantemente del bien de sus hijos. Entretanto la Víctima es inmolada todos los dias en el altar, y la sangre del Calvario lo inunda siempre para lavar las iniquidades del mundo. El pueblo acude al templo; él suspende por un instante el sentimiento de sus males, él dulcifica su alma, él olvida sus dolores.

La palabra evangélica que resuena en el austro recinto lleva á las almas su luz y su benéfico calor, y el cambio notable que se verifica fuera, atestigua el influjo y los beneficios recibidos por medio de la palabra sagrada. Así, todo este conjunto de culto, toda esta pompa, todas estas solemnidades, todas estas enseñanzas reiteradas se apoderan del hombre en todas las necesidades como en todas las situaciones de la vida, y penetran en lo más sagrado del alma y de la conciencia. La bendita influencia de la enseñanza religiosa va con el hombre hasta su hogar doméstico; ella derrama la vida, ella conserva la paz, la union y la concordia en el seno de las familias y de la sociedad, alejando cada vez más las tristes manifestaciones del pecado y del crimen. La Iglesia, que sigue siempre al fiel con amor solícito, acompaña tambien al cristiano en el interior de su morada con sus leyes saludables. Si; la Iglesia es la madre tierna, la madre desinteresada, al mismo tiempo que la madre poderosa de los pueblos. ¡Honradla, servidla, y no la abandonéis jamás!

Ya lo veis, el cristianismo es la religion práctica por excelencia. Organizada admirablemente, esta religion presenta como en un haz todas las formas que pueden mejorar al hombre, suavizar su alma y hacerlo seguir con paso firme la senda de la virtud. Ruegooo que abrigueis este pensamiento. Creed que si la religion y la fé no se practican constante y animosamente, la vida se retira del alma, de la conciencia y del corazón. Yo os exhorto de lo profundo de mi pecho: conservad inalterables el honor y la vida de las prácticas religiosas. La Iglesia católica os contempla congregados aquí con santo orgullo. En vosotros, cristianos generosos, cifra ella sus más fervientes esperanzas; yo os pido que no las defraudeis, que no abandonéis jamás sus templos, sus lecciones y su fé. Sabed que cuando cesa ese ejercicio vivo de las creencias cristianas, falta al hombre más que lo que da á las aguas su curso, al día su esplendor. ¡Oh! en aquel día se destierran de uno mismo todos los auxilios de la virtud, en aquel día se rompe en la familia su lazo de union, en aquel día se arrebatada á la sociedad toda promesa de honor, toda seguridad de obrar bien.

¡Ah! yo os lo suplico, yo os exhorto con todo el celo de mi alma á que no dejéis pasar un día sin oracion, á que asistais con recogimiento y respeto al sacrificio de nuestros altares; sed con franqueza y valor, sed fieles á las leyes, aún á las exteriores y disciplinarias de la Iglesia; sabed decir al mundo, que algunas veces podria ignorarlo, que vosotros sois católicos, católicos de creencia, de accion y de práctica; que vuestra palabra, en presencia de todos, sea libre, leal, generosa, y cristiana como vuestras almas. Confesad á Jesucristo,

profesad altamente su religion y su ley, y nunca lo abandonéis. De ese modo, vuestros días serán bendecidos; de ese modo, en los días de prueba y de combate, que siempre han de venir, hallareis la energía de la defensa y el valor de la victoria. Y si alguna vez sintiereis el peso de la debilidad, esperad siempre, orad con constancia. Si llegareis á caer una y cien veces, esperad y levantaos; id á reparar vuestras fuerzas en las fuentes del Salvador, donde habeis bebido ya la vida. Cuando se cuenten los días de vuestra peregrinacion por los del cumplimiento de vuestros deberes; cuando llegue por fin la hora de vuestro reposo, comprendereis mejor como el Dios que os envió los días de prueba y de combate, sabe recompensar algunos momentos de sacrificio, de trabajos y de penas con inestimables torrentes de gloria y de ventura, que yo deseo para todos vosotros.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

RELIGION CRISTIANA.—Es una religion que no está de acuerdo con el mundo.

Es una religion que nos obliga á estar en continua guerra con la carne.

Es una religion que nos dá á conocer la vanidad de todas las demás religiones.

RELIGION CATÓLICA.—Hay católicos que se forman una religion á su manera.

Hay católicos que viven en la buena religion como si no tuvieran religion.

Hay católicos que no tienen por la buena religion el celo que tienen los herejes por su mala religion.

RELIGION CATÓLICA.—Es la religion de las luces; cuantos la profesan no deben dejarse cegar.

Es la religion de los buenos ejemplos; cuantos la profesan deben trabajar en edificarse.

Es la religion de los sacrificios; cuantos la profesan deben inmortalarse.

RELIGION PRÁCTICA; véase: FE PRÁCTICA.

RELIGION; véase: DUDAS SOBRE LA RELIGION.

RELIGION Y CIENCIA; véase: CONCORDANCIA DE LA RELIGION CON LAS CIENCIAS.

RELIGION (*Celo por la religion*), véase: CELO.

RELIGIOSA.

(TOMA DE HÁBITO.)

*Dominum elegisti hodie, ut sis tibi Deus;
et Dominus elegit te hodie, ut sis ei populus
peculiaris.*

Tú has elegido hoy al Señor para que sea tu Dios; y asimismo el Señor te ha escogido hoy para que seas un pueblo particular.

(DEUT. XXVI, 17 ET 18.)

De este modo habló Dios á los israelitas, cuando despues de haberlos sacado de la esclavitud, y haberlos probado por mucho tiempo en el desierto, les hizo entrar en la tierra prometida, que habian deseado con tanto ardor, y que debia ser para ellos una tierra de bendicion. Pero todas estas cosas, dice S. Pablo, eran solo figuras, y lo que sucedia entónces á los israelitas, segun el designio del mismo Dios, se dirigia esencialmente á nosotros: *Hæc autem in figura facta sunt nostri* (1 Cor. x, 6.) Con efecto; en los perfectos cristianos es en quienes se verifican y cumplen estas liguras de la antigua ley, y sin salir del sagrado sitio en que estamos, en esta ceremonia religiosa, es donde clara y sencillamente se ve la verdad de cuanto el Espiritu Santo quiso darnos á entender en las divinas palabras que he tomado por texto, y que contienen en sí todo el asunto de este discurso. Porque decidme, una alma con las disposiciones con que se nos presenta esta generosa virgen que sirve aquí de espectáculo á los ángeles y á los hombres; una alma que Dios por la virtud poderosa de su gracia saca hoy de la esclavitud del mundo; una alma predestinada, cuya dichosa suerte despues de unas santas pruebas es entrar en la religion, que mira como la tierra de los escogidos, y á donde dirige sus más fervorosos

deseos; una virgen, que á vista de los altares escoge al Señor por su Dios, y que el Señor recíprocamente la escoge para asociarla al número de sus esposas, esto es, de estas vírgenes sacrificadas únicamente á ese Señor, y que componen en la cristiandad este pueblo particular de que se gloria ser servido; ¿no es á la letra todo el misterio que se expresa y contiene el citado pasaje? A ti, hermana mía, á ti es á quien dirijo estas palabras; escúchalas con respeto, y nunca las olvides. Abrazando la vida religiosa vas á escoger al Señor para que sea tu Dios: *Dominum elegisti hodie*. Y por un insigne favor va tu Dios á elegirte para que seas con particularidad su criatura: *Et Dominus hodie elegi te, ut sis ei populus peculiaris*. Medita bien estas importantes verdades, y permanezcan siempre grabadas profundamente en tu corazón. Esto es lo que te propongo, y lo que debes mirar como la esencial y principal de todas tus obligaciones. La elección, digo, que haces de Dios, y la que Dios hace de ti. La elección que haces de Dios, es el principio y maanzal de los muchos méritos que jugarás sirviéndole, y que serán los frutos del sacrificio que vas á ofrecerle. Y la elección que Dios hace de ti, es el origen de las abundantes gracias que te prepara y empieza á derramar sobre tu persona desde este día. La elección que haces de Dios, para que sea con particularidad tu Dios, es el fundamento sólido del derecho propio que tendrás para confiar en él y esperar de él todo cuanto hay que esperar. Él va á ser tu Dios con toda la distinción que puede serlo en el orden de la gracia; y tú serás su criatura con la misma distinción, de un modo, que en el orden de la gracia va desde ahora á llenarte de gloria. Antes de probar esta verdad, recurramos á la Madre de Dios, y saludémosla, diciéndola: A. M.

4. Cuando nos separamos del mundo para consagrarnos á Dios con el voto solemne de la religion, cumplimos y verificamos en espíritu y en verdad, lo que los israelitas carnales cumplieron solo en figura cuando entraron en la tierra prometida. No solo elegimos al Señor, sino que le elegimos con el fin de que sea con particularidad nuestro Dios. Esta elección es gloriosa á Dios, pues en virtud de ella damos á Dios un testimonio auténtico de que él es nuestro Dios, y con exclusion de cualquier otro, nuestro único y solo Dios, porque merece lo dejémos todo por él, y que por él nos renunciemos á nosotros mismos. Solo Dios es quien merece este abandono total, y por él solo nos es permitido renunciar á nosotros mismos, hasta sacrificarnos; así como sola el alma religiosa es la que dá á Dios este honor, á lo ménos con toda la extension que se le puede dar en la tierra. Dejarlo todo por otro

que por Dios, sería un exceso de locura, pero dejarlo por Dios es una eminente sabiduría. Renunciarse á sí mismo por la criatura, sería una idolatría secreta y una impiedad; pero renunciarse á sí por Dios, es un acto heroico de religion. El alma cristiana, como tal, está obligada á renunciar á todo, á lo ménos con el espíritu y corazón, pues sin esto no puede ser de Jesucristo: *Qui non renuntiat omnibus que possidet, non potest meus esse discipulus* (I Luc. xiv. 26). Y por sola la razon de ser cristiana debe renunciarse á sí misma, pues sin esto es incapaz de seguir á Jesucristo, que nos dice sin excepcion: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum* (II Luc. ix, 25). Pero ¿dónde están los que observan en el mundo estos dos preceptos á la letra? y entre los que se empeñan y esfuerzan para observarlos ¿dónde está quien sin restriccion los observa? Escoged y considerad á un cristiano del siglo, el más celoso y el más perfecto en su estado. Por más perfecto que le supongais, ¿qué no se reserva sacrificándose á Dios? Por más desprendido del mundo que le consideremos, ¿á cuántas cosas, no obstante, es cierto que no renuncia, ni aún tiene intencion de renunciar? Solo el alma religiosa es la que puede decir á Dios sin presuncion: Señor, ¿qué es lo que he podido daros y no os he dado? ¿Qué he podido dejar por vos y no he dejado? No habla de este modo por un espíritu de ostentacion, sino por una viva expresion de sus respetos á este soberano Señor. De este modo, amadas hermanas mías, es tan gloriosa á Dios la elección que de él hacemos.

Pero aún es más feliz para nosotros, porque fundados sobre esta elección, estamos seguros, en cuanto podemos estarlo en esta vida, de que amamos á Dios con aquel amor perfecto que es inseparable de su gracia, con aquel amor excelente que nos justifica á sus ojos, y con aquel amor de preferencia en que consiste la plenitud de la ley y al que está infaliblemente ligada la salvacion de los hombres. De este amor de preferencia tenemos nosotros la más cierta y segura prenda. Fuera de la religion es fácil decir á Dios, que se le ama sobre todas las cosas, y que se le ama más que á sí mismo. Pero tan fácil como es decirlo y pensarlo, tan raro y difícil es practicarlo. Tan comun como es este lenguaje en la cristiandad, tan dudoso es un cristiano que no ha renunciado al mundo, y que disfruta tranquilamente y á su comodidad los bienes de la vida. Luego que abrazamos el partido de la religion, tenemos este mismo lenguaje, bien que le tenemos con mucha más razon y mejor título. Para manifestar que amamos á Dios con preferencia á todo lo demás, le preferimos actualmente á todo, no en la idea ni en la especulacion, sino en la práctica y con la

obligacion más real. No queremos que Dios nos crea en esta parte sobre nuestra palabra; y así dejándolo todo por él, le damos de ello una prueba que no puede ser equívoca ni estar sujeta á ilusion. Convencidos por una funesta experiencia de que no debemos fiarnos de nuestros propios afectos y deseos, nos sacrificamos á Dios para asegurarnos de nosotros mismos, hasta quitarnos el poder disponer de nosotros, y hasta renunciar por Dios á todos los derechos que sobre nosotros tenemos. Y ejecutado esto así, podemos, sin temor de mentir al Espíritu Santo, asegurar á Dios que le amamos, y responderle de nosotros mismos sobre el más esencial artículo de la ley. ¿Puede darse mayor felicidad que la que resulta de estar así asegurado de este amor, que poder darse á sí testimonio de este amor, y poseerlo así como el título más legítimo de su predestinacion?

Además, la eleccion que hacemos de Dios en la vocacion religiosa, separándonos del mundo en que vivimos, nos hace á Dios soberanamente necesario. Habiéndolo dejado todo por Dios, si Dios llegará á faltarlos, ¿en qué vendríamos á parar? Dios nos es mucho más necesario en la religion que á los cristianos del siglo; pero en esto conocemos nosotros cuánto más debemos nosotros á Dios que ellos. Porque ¡desgraciados de nosotros, si Dios no nos fuera más necesario, ó si nos lo fuera ménos!; Desgraciados de nosotros, si pudiéramos fuera de él hallar descanso y dulzura en la vida! ¡Desgraciados de nosotros, si llegando á olvidar á Dios y á desconocerle, pudiéramos pasar sin él! Los cristianos mundanos, disipados con las falsas alegrías y vanas diversiones del siglo, puede ser se lisonjeen algunas veces, aunque falsamente, de haber llegado á conseguir esta aparente é imaginaria independencia de Dios; pero esto mismo es lo que hace la reprobacion de su estado. La bienaventuranza del nuestro está en no poder ser dichosos sinó en Dios, en no poderlo ser sinó con Dios, y en serlo solo á proporcion que nos unimos á Dios. Sin vos, Señor, seríamos desgraciados; pero cuanta más necesidad tenemos de vos, tanto más obligado estais á derramar vuestros dones sobre nosotros; y cuanta más necesidad tenemos de vos, tanto más quereis que tengamos derecho de recurrir á vos, de fiar en vos, y de esperarlo todo de vos. Sin Dios, solo hallaríamos en la religion un espantoso vacío de todos los consuelos humanos; pero siendo, como es, tan fiel, sabe llenar abundantemente este vacío con otros consuelos del todo espirituales. Tanto como nos es necesario por la privacion de todo lo demás, tanto se hace él mismo un honor y tiene cuidado de no faltarlos, interin que con una santa perseverancia sostengamos la eleccion que de él hemos hecho. Y por eso añadi, amadas hermanas mias, que por muy sepa-

rados que estuviésemos del mundo, supuesta esta eleccion nos basta Dios.

Los cristianos del mundo, aún los más arreglados en sus deseos, tienen á su pesar mil necesidades, que por el enlace inevitable de su estado los sujetan al mundo, y los ponen por este medio en una imposibilidad moral de jamás llegar á estar contentos en la tierra. ¿De cuántas cosas, y cosas que no están en su arbitrio, no depende su reposo? Si una sola les falta, aunque tengan todas las demás, ¿cuántos pesares y turbaciones no les hace tolerar y experimentar este único defecto? Si en la religion necesitamos de Dios, tenemos á lo ménos la ventaja de solo necesitar de él. Porque con él carecemos gustosos de todo lo demás, con él no envidiamos al mundo sus prosperidades; y aunque pobres, somos ricos, y más ricos que si todo lo poseyéramos, pues nada deseamos. Esto es lo que experimentais, hermanas mias, todos los dias, y esto es lo que experimentan muchas otras en el humilde y pobre estado que como vosotras escogieron. ¡Qué desempeño, pues, y qué libertad es la del alma, cuando puede decirse á sí misma: Dios solo me basta! En este mundo no tengo tierras, herencias ni rentas; pero Dios solo me basta! Fortuna, dignidades, grandezas del mundo, no son para mí; pero Dios me basta! Otros tienen todas las comodidades de la vida, todas las dulzuras que el mundo puede prestarles, y yo nada de esto tengo; pero Dios solo me basta! Ahora me basta, y me bastará hasta el último suspiro de mi vida, y tambien me bastará en la eternidad; porque siendo mi Dios, es cuanto necesito, y todo lo que no es mi Dios de nada me sirve.

2. En fin, Dios, á consecuencia de la eleccion que hacemos de él por la profesion religiosa, viene á ser singular y especialmente nuestro Dios. Y esto es, hermana mia, lo que debe hacer tu vocacion venerable, al mismo tiempo que digna del mayor amor. Á consecuencia del acto que vas á practicar, el Señor que eliges será tu Dios con toda la distincion que puede serlo en el órden de la gracia; porque á consecuencia de la renuncia que haces de todo por él, él mismo será tu herencia, tu patrimonio y tu posesion, y de este modo tendrás en él, explicándolo en estos términos, todo el derecho de propiedad que puede una criatura tener sobre su Dios. Cuando distribuyó Dios la tierra prometida entre los hijos de Israel, observa la Escritura, que no le dió porcion alguna á la tribu de Levi, porque estando toda sacrificada á Dios, no debia tener más posesion que él mismo: *Quia ipse Dominus possessio ejus est* (DEUT. x, 9). Excelente figura es esta, amada hermana mia, de lo que va á verificarse respecto de ti, pues vas á ser en la ley de gracia esta alma escogida, de la que Dios

será toda la posesion, y á la que Dios, como tal, pertenecerá de distinto modo que pertenece á los cristianos del siglo. Habiendo renunciado al mundo, desde hoy tienes ya derecho para mirar á Dios como un bien que te es propio únicamente; como un bien afecto y unido á tu persona; y como un bien que tanto más es tuyo, cuanto haces que sea tu único bien. Esta es, hermana mia, tu vocacion: tú elegiste al Señor para que sea tu Dios: *Dominum elegisti, ut sis tibi Deus*. Y el Señor te escoge hoy para que seas singularmente su criatura, asociándote á una comunidad de vírgenes, que en la cristiandad es á la letra su pueblo particular: *Et Dominus elegit te hodie, ut sis ei populus peculiaris*.

Así como es de fé, que la gracia, que es el principio del mérito, debe por consecuencia preceder en nosotros á todo mérito, del mismo modo es igualmente un punto de fé, que la eleccion que Dios hace de nosotros, debe por una necesidad absoluta preceder á la eleccion que hacemos de Dios. Apliquémonos á nosotros, amadas hermanas mías, esta grande verdad, y elevándonos hasta el origen de las misericordias de nuestro Dios, penetremos los designios de su amable providencia sobre nosotros cuando nos llamó á la religion. Vedlos, pues, aquí, Dios nos escogió para que seamos en el mundo cristiano su pueblo particular: *Et Dominus elegit te hodie, ut sis ei populus peculiaris*. Adorable eleccion, que nos ha separado del mundo profano para asociarnos, si se me permite explicar de este modo, á la santidad del mismo Dios. Porque siendo Dios santo, y el Santo de los santos, la esencia de su sér queria y debía ser servida por santos. El estado religioso era, pues, el que por una fecundidad divina debía producir este número de santos que queria Dios formar para la perfeccion de su culto. El estado religioso era el que en su retiro y separacion del mundo debía criar esta multitud de santos probados, mortificados, consumados en todo género de virtudes, victoriosos del mundo y de sí mismos, y tales como convenia para ser servido Dios como tal. Tened siempre presente, amadas hermanas mías, este fin para que Dios os ha escogido.

En el estado religioso no nos basta una santidad comun, es necesario que tengamos una santidad irreprochable y á prueba de toda censura, y una santidad donde el mundo crítico no pueda descubrir la memor tacha; entiendo de aquellas tachas vergonzosas que deshonran nuestra profesion. Y la razon es, porque nos es necesaria una santidad que sea propia para confundir la impiedad y libertinaje del mundo, y nunca llegará á este grado nuestra santidad no siendo irreprochable. Dios nos ha escogido para que en calidad de religiosos

sirvamos de modelos á los cristianos del siglo, esto es, para que los cristianos del siglo aprendan de nosotros lo que son, ó más bien lo que deben ser, para que tengan siempre en nuestras personas una idea sensible de la perfeccion á que son llamados. Dios nos ha escogido para que seamos en la ley de gracia su pueblo particular, del mismo modo que lo fueron los israelitas en la antigua ley. Como religiosos tenemos todas las ventajas y todos los dones que se pueden tener para ser en la cristiandad el pueblo particular de Dios; y si en la Escritura dice Dios á los mundanos: vosotros no sois mi pueblo, y sois indignos de serlo; si nosotros somos fieles á la gracia de nuestra vocacion, nos dice Dios, por el contrario: vosotros que estais separados del mundo merecis tener esta gloriosa cualidad; vosotros que estais sacrificados á mi servicio sois, no solo mi pueblo, sino lo seleccionado de él; y vosotros que estais desembarazados y libres de todo lo que es tierra, sois aquel pueblo conquistado que he escogido para publicar mis grandezas y cantar eternamente mis alabanzas.

A este pueblo particular pues, amada hermana mia, es al que vas á ser asociada. Dios te ha escogido para que seas su criatura por el más especial de todos los motivos. Me falta, pues, acabar con decirte: *Memento, et ne obliviscaris*; ten esto presente, y no lo olvides jamás. Ténlo presente en las importantes ocasiones en que se tratará de cumplir las penosas obligaciones de tu estado. Ténlo presente en las pruebas que Dios quiera hacer de tí, cuando sea preciso darle testimonio de tu perseverancia. Estos dos pensamientos: yo he escogido al Señor, y el Señor me ha escogido, te sostendrán y fortalecerán. Con ellos no habrá dificultad que no superes, tentacion que no resistas, y melancolía ó disgusto á que no te hagas superior. Yo he escogido al Señor, y el Señor quiso aceptar la eleccion que hizo de él; el Señor me ha escogido, y yo por un libre consentimiento he ratificado la eleccion que hizo de mí. Ténlo presente todo el tiempo de tu vida, para mantenerte en la inviolable fidelidad que Dios espera de tí. Tendráslo tambien presente cuando estés cerca de la muerte, para animarte con una confianza santa á vista de aquel juicio tan formidable para los mundanos, pero lleno de consuelo y de gloria para las almas verdaderamente religiosas. Esta es la gracia que os deseo, etc.

RELIGIOSA.

(TOMA DE VELO.)

Induxi vos in terram Carmeli, ut comederetis fructum ejus et optima illius.

Yo os introduje en un país fertilísimo, para que comieseis sus frutos y gozaseis de sus delicias.

(JEREM. II, 7.)

Hé aquí, carísima hermana, que el Señor te dice hoy, como en otro día á su pueblo: Yo te he hecho subir de la tierra de Egipto, te he guiado felizmente en el desierto, para introducirte en la tierra abundante y deliciosa del Carmelo.

Hace ya tiempo que este era el voto más fervoroso de tu corazón, y ¡cuántas veces has apresurado con tus deseos esta dichosa época, harto lenta para tu afán, de retirarte del mundo! Hace ya tiempo que suspirabas por el sosiego de la casa del Señor, por el dulce consuelo de un retiro religioso, por la inestimable ventaja de venir á ocultarte en el secreto de los tabernáculos; de poner en esta arca de seguridad tu salvación al abrigo de las tempestades del mundo, de seguir á Jesus al Calvario y unírtele á su cruz en la tierra para compartir su triunfo en el cielo. Sin tocar aún absolutamente á ese momento deseado, te felicito por entrar en este santo retiro.

Permíteme, pues, carísima hermana, que te exponga: 1.º *toda la felicidad que Dios te prepara en esta tierra prometida: induxi vos in terram Carmeli*; 2.º *los medios de recoger los frutos que te presenta: Ut comederetis fructum ejus*; este es todo mi designio.

1. ¿Qué es esta casa? Es un asilo santo, en que Dios reúne á sus escogidos para hablarles al corazón y colmarles de gracias, para facilitarles su santificación: 1.º *con la caecion de los obstáculos del mundo*; 2.º *con el destierro de los peligros de la salvacion*; 3.º *con la seguridad de la perseverancia en una vida de santidad.*

¿No parece que es á ti, amada hermana mía, á quien el Señor ha dirigido estas tiernas palabras: *Attraxi te miserans?* He tenido piedad de ti, te he arrancado de las vías corrompidas del mundo inspirándote horror á sus vanidades y amor al retiro. Si; Dios es quien te llama á esta casa, imagen del arca de Noé, que te preservará del diluvio de corrupción que hoy inunda el mundo. Las solicitudes, el interés, la ambición, que al parecer se han dividido el imperio del universo, no osan traspasar estos muros de la inocencia que te separan del siglo. Respirando un aura de calma y de virtud con el aura de la soledad, pasarás aquí días tranquilos, exentos de aflicciones.

Serás *invisible* á todas las criaturas, estando á cubierto de las tormentas que atribulan cada día á los mundanos. Solo te ocuparás en tu salvación. Estarás exenta de todo pesar punzante, serás superior á todos los accidentes de la vida, y no habrás de cuidarte de las cosas terrenas, porque todo lo has abandonado.

Pero ¿qué has abandonado, hermana mía, que debas echar de menos? ¿Tus parientes y amigos? Jesucristo asegura que quien ama á sus padres más que á él, no es digno de él. ¿Bienes? Su posesión es una carga pesada, y apegarse á ellos es un crimen. ¿Placeres? Solo dejan el sentimiento de haberlos disfrutado. ¡Oh! desde este dichoso puerto de salvación en que la Providencia te coloca, verás pasar por delante de ti la figura del mundo, como una sombra!...

Todo te asegura aquí la facilidad de la salvación. Lo mismo que á Abraham, Dios te manda salir de tu país; y lo mismo que á Jacob, abandonar tu familia. Como á ellos, te abrirá las sendas desconocidas y difíciles que conducen al dichoso fin que te prepara.

La soledad y el retiro te privan de la presencia de todos los objetos que sorprenden la inteligencia y el corazón. Es un retiro en donde guardarás inmaculadas la pureza y la inocencia que quieres consagrar á Dios. Los que se hallan en medio de las aguas están continuamente espuestos á la tempestad y al naufragio; lo mismo acontece á los que viven en medio del siglo. Rodeados de todas partes por el pecado, penetra en ellos por todos los sentidos: por los ojos, en las vanas pompas del mundo; por los oídos, en las conversaciones poco cristianas. ¡Cómo pues vivir en Sodoma y en Babilonia, sin mancharse con sus impurezas!

Los placeres, la ambición, la vanidad, la envidia, ved ahí las divindades del mundo. En el claustro, la mortificación, el desinterés, la humildad y la unión confunden todos los corazones en el amor de Dios....

¿Y cómo, carísima hermana, podrías nunca prevaricar? ¿Cómo podrías nunca mirar atrás y echar de ménos el grosero alimento de Egipto? Tu piedad y tu constancia, por el contrario, crecerán cada día por el buen ejemplo de tus compañeras, sostenido por la autoridad y los consejos de las que han encamecido en el servicio de Dios con la práctica de una santa regla, con la mortificación y los sacramentos, con la santidad del lugar que habitas, con el decoro del hábito que vas á tomar. En una palabra, todo me asegura que esta casa que has elegido será tu lugar de reposo para la eternidad.

2. Para enseñarte los medios de gozar de las numerosas ventajas que esta casa te ofrece, amada hermana mía, solo te indicaré los medios de perseverar en tu vocacion, los cuales son: 1.º *una gran confianza en tus superiores*; 2.º *la oracion*; 3.º *la humildad*; 4.º *y la obediencia*.

Los lugares más santos no son impenetrables al espíritu de las tinieblas, el cual arma sus lazos hasta en el Tabor: *Rete expansum super Thabor*. Así, pues, ¿qué de medios no empleará contra tí el espíritu tentador, aunque retirada en esta piadosa soledad? Primero, transformándose en ángel de luz, te sugerirá dudas y temores sobre tu vocacion. Entónces te conturbarás y dirás para tí: ¿Soy llamada á este estado?

La confianza en tus superiores te librará de esta espantosa incertidumbre. El sufragio de esas vírgenes fervorosas que van á ser compañeras tuyas, la decision de los que están encargados de esta casa, te será un testimonio cierto de tu vocacion. Vé, hija mía, se te dirá, las puertas del santuario te son abiertas; entra confiada en la tierra del Carmelo, y en ella vive: allí te llama el Señor; y si él está contigo, ¿quién estará contra tí! Despues de una declaracion tan formal emanada de los labios de tus superiores, órganos de Dios, intérpretes de su voluntad y garantes de la eleccion que haces; ¿qué podrás temer de los artificios del espíritu de las tinieblas?

La oracion te servirá de armas y de casco de salvacion en tus luchas. La oracion fortalecerá tu valor; te preservará del fastidio, del disgusto, de la lasitud y la tibieza, que á menudo ponen la fidelidad á terribles pruebas; será la nube milagrosa que te conducirá en el desierto, la vara que hará brotar las abundantes y deliciosas aguas de la gracia, el maná que te sustentará y fortalecerá por el camino. La oracion te prestará esa franca alegría, hija de una buena conciencia, que observas en tus compañeras, y que es la señal cierta de que hallan suave y ligero el yugo del Señor. La oracion hará tambien de tí la mujer fuerte de la Escritura, y en medio de todos los males de la

vida te dará valor para repetir muchas veces y practicar la divisa de las hijas de Sta. Teresa: *O padecer, ó morir*.

La virtud que practicares en esta casa te hará digna de tu divino Esposo. Jesus fué pobre, nació en un establo, no tuvo donde recostar su cabeza y murió en una cruz. En tu humilde y modesta celda te complazarás pues en hallar la casa de Nazareth donde el Rey del cielo permaneció oculto durante treinta años, trabajando con sus manos. Serás pobre, tendrás ménos de lo necesario, y aún esta poquedad no te pertenecerá; pues bien, sé pobre de corazon y de afecto y serás rica en méritos.

La obediencia, que el mundo llama sujecion, es la verdadera libertad de los hijos de Dios. En efecto, ¿en qué consiste esta obediencia? En ser fiel á Dios, en no ver en todo más que á él, en no servir más que á él solo. Y servir á Dios es reinar: *Cui servire regnare est*; es mirar nuestra voluntad á la suya, dejarle el cuidado de nosotros desde que nos desprendemos de nosotros mismos. Obedecer á Dios es trabajar para fijar nuestra natural inconstancia con la sumision á las reglas que se abrazan, y por consiguiente negarlo todo á la desigualdad del génio, á los caprichos del gusto, á la inutilidad, á la inacion en que en el mundo se vive; en una palabra, obedecer á Dios es, como los hijos de Israel, caminar de día y de noche en el desierto de la vida, á la claridad de la luminosa nube colocada por la diestra de Dios á la cabeza del campo para conducirnos á la tierra prometida. Tales son, carísima hermana, las ventajas de la obediencia religiosa.

Pero concluyamos; no quiero aumentar tu santa impaciencia por despojarte de las pompas del siglo para tomar las vestiduras del celestial Esposo; tú deseas decir cuanto antes al Señor: *Gaudens gaudebo in Domino, quia induit me vestimentis salutis quasi sponsam ornatum monilibus suis* (1 Isaí, 61, x.)

RELIGIOSA.

(PROFESION DE UNA)

I.

Omne, quod natum est ex Deo, vincit mundum, et hæc est victoria, quæ vincit mundum, fides nostra.

Todo hijo de Dios, vence al mundo, y lo que dá la victoria sobre el mundo, es nuestra fe.

(I JOH. V. 4.)

¿Qué santo y religioso espectáculo es el que ofreces á nuestra vista, amada hermana mia, y qué espíritu es ese, que te conduce, que te anima y que te fortalece? Postrada á los pies de los altares, tocada del deseo sincero de la perfeccion evangelica, fiel á la gracia de Jesucristo que te llama y te eleva sobre tí misma, renuncias hoy día todo cuanto posees, todo cuanto esperas ¿qué digo yo? todo cuanto eres. Ni tu tierna edad, ni la delicadeza de complexion, ni las esperanzas de una felicidad futura, ni el atractivo de los más honestos placeres, nada ha podido doblar tu celo y tu constancia. Gracias á Jesucristo, que erciendo tu fervor, lejos de entibiarse, te ha causado santas impacencias de consagrarte á Dios enteramente; los momentos te han parecido largos y no has deseado ninguna otra vez ser dueña de tí misma sinó ahora con el fin de obligarte solemnemente á no serlo más. El cielo favorece tu santa empresa, y en este dia ves cumplidos todos tus deseos; dichosa por llevar el yugo del Señor desde tus más tiernos años, de abrazar la cruz de Jesucristo sin temor de ser jamás separada de ella, y de derramar en el seno del mismo Dios los últimos esfuerzos de tu voluntad, y por decirlo así, los últimos suspiros de tu libertad moribunda. ¿De dónde puede provenir una tan generosa resolucion, sinó de una fé viva y victoriosa?

El mundo persuade demasiado á los que le escuchan, que hay en él bienes, placeres y honores que producen la felicidad de la vida; que es dulce y suave el disponer de sí y gobernarse por sus voluntades;

que no es necesario seguir las leyes de una austera virtud, ni refrenarse tanto en sus pasiones; que hay cierta union y ajuste entre las máximas del siglo y las del Evangelio, y que en el curso de la vida humana se contenta Dios con algunos buenos deseos, y fácilmente perdona las fragilidades y las flaquezas. Pero la fé nos enseña, al contrario, que la salvacion de nuestra alma es nuestra única necesidad y nuestro único negocio importante; que el único bien y la única felicidad verdadera del cristiano, debe ser el servir y amar á Jesucristo; que la verdadera libertad consiste en darse á Dios sin reserva; que el descanso sólido no se halla sinó en la sumision y en la obediencia, y que la perfeccion cristiana se encuentra en la pureza, en la humildad y en la pobreza á que te consagras hoy día.

Yo pretendo, amada hermana mia, confirmarte por este discurso en la dichosa eleccion que has hecho, y mostrarte, Primero: *Que el espíritu del mundo inclina á los que le siguen á extender en cuanto puedan su libertad, en lugar de que el espíritu de la religion inclina á los verdaderos cristianos á cortar y á destruir la suya.* Esta será mi primera parte. Segundo: *Que el espíritu del mundo obliga á dividir su corazon, y que la fé empeña á las almas religiosas á reunir todos sus afectos hácia Dios.* Esta será mi segunda parte. A. M.

1. No pertenece propiamente sinó á Dios el ser libre y el querer de su voluntad propia; porque todo cuanto quiere es necesariamente justo, y porque no puede tener otra ley, ni otra regla de su voluntad que á sí mismo. El hombre no tiene el mismo privilegio de usar de su voluntad, porque está desordenada despues del pecado, y porque naturalmente debe estar sometida á la de Dios. Esta sumision y esta dependencia es la parte más esencial del culto y del homenaje que la criatura debe á su Criador. Y así, querer lo que Dios no quiere, ó no querer lo que Dios quiere, es invertir el orden de su providencia; es poner la prudencia de la carne sobre la sabiduria divina; es quitarle el imperio que tiene sobre nosotros; y en fin, es referir á Dios á nosotros mismos, en lugar de referirnos nosotros mismos á Dios. No obstante, aunque nada haya tan injusto, nada hay tan ordinario: por qué los hombres corren tras de las riquezas, sinó porque sirven de sacarlos de la sujecion, de llegar más fácilmente al fin de los desiguos que se tienen, y de comprar el imperio que se quiere tener sobre los demás? ¿De dónde proviene aquella aceleracion de engrandecerse y de avanzarse á las dignidades, sinó de la envidia y ánsia que hay de dar más peso á sus voluntades, de tener menos señores á quienes obedecer y

más súbditos á quienes mandar? ¿De dónde viene esa pasión de distinguirse por el ingenio y por el saber, sino del deseo que se tiene de reducir á los demás á su dictámen, de dar más autoridad á sus opiniones, y de tener una preeminencia de razón y discurso sobre el resto de los demás hombres? Pero ¿para qué hemos de hablar aquí de esos hombres agitados de sus pasiones? Aquellos mismos que traen en el mundo una vida arreglada, que piensan algunas veces seriamente en su salvación, y que se salvan de las principales corrupciones del siglo, no dejan de dar demasiada extensión á su libertad. Ellos emplean algunas horas en la oración, y con eso se creen tener derecho de pasar lo restante del tiempo en conversaciones vanas é inútiles. Ellos cumplen con las obligaciones precisamente necesarias de la religión, pero no quieren incomodarse sobre ciertas regularidades que no dejan de ser de consecuencia para la piedad. Nada quisieran hacer de lo que es absolutamente prohibido, pero no quisieran privarse de nada de cuanto se imaginan serles lícito.

La religión cristiana no se ha establecido sino para estrechar la libertad, y para someter nuestras libertades á la de Dios. Este espíritu de sumisión es el carácter de un alma religiosa. Luego que es consagrada á Dios, su genio, su humor, su elección, su inclinación, su propio juicio, su espíritu y su razón no deben tener parte en su conducta. Así como en las alianzas civiles la esposa pierde su nombre y el de su familia por tomar el del esposo, así en la unión espiritual del alma con Jesucristo, el alma se despoja de su voluntad para tomar la de Dios. Si la aflige, ella adorará la mano que la prueba; si la consuela, amará las bendiciones de Dios, y aún mucho más al Dios de las bendiciones; si la habla interiormente, oirá su voz para seguirla; si la explica sus voluntades por el ministerio de los hombres, los mirará como á los órganos y á los intérpretes del mismo Dios. Nada emprenderá sin consultarle; nada obrará sino para servirle; no sufrirá sino para agradarle, y no tendrá otro uso de su propia voluntad, sino el querer no tenerla.

Pero ¿no voy engañado? ¿Os anuncio yo acaso la verdad? ¿No nos enseña S. Pablo, que allí donde está el espíritu de Dios, allí está la libertad: *Ubi autem Spiritus Domini, ibi libertas* (II Cor. III, 17); que nosotros no somos los hijos de la esclava, sino de la mujer libre: *Non sumus ancilla filii, sed liberae* (GALAT. IV, 31); que Jesucristo ha venido á librarnos de la servidumbre, y á llenar nuestros corazones de un espíritu de adopción y de libertad que nos dá la confianza de dirigirnos á Dios como á nuestro Padre: *Non enim accepistis spiritum servitutis, iterum in timore, sed accepistis spiritum*

adoptionis filiorum, in quo clamamus, Abba Pater (Rom. VIII, 15)? Yo confieso que Jesucristo nos ha rescatado de la esclavitud de la ley; pero no hemos salido de una servidumbre sino para entrar en otra, que es interior y espiritual. Esto es lo que el Apóstol nos enseña en su carta á los Romanos: Nosotros somos rescatados de la ley de la muerte, en la cual estábamos detenidos: *Soluti sumus á lege mortis, in qua detinebamur, ita ut serviamus in novitate spiritus* (Rom. VII, 6). Ved aquí nuestro rescate y nuestra libertad. Pero ¿cuál es el efecto y su consecuencia? *De suerte que nosotros estamos sujetos á la novedad del espíritu*. Esta es una sujeción de espíritu, ya porque habiendo sido rescatados por Jesucristo, no pertenecemos más á nosotros mismos, y porque las gracias y los beneficios que hemos recibido, han añadido á nuestras obligaciones pasadas todas las obligaciones de reconocimiento y de justicia; ya porque siendo la fé evangélica un estado de mayor perfección, nos obliga á mayor justicia y exactitud. Y pues la virtud no es otra cosa que el amor de Dios, este amor no crece sino á medida de lo que se disminuye la concupiscencia; y esta no se disminuye, sino cuanto más se la combate y más se la estrecha.

Las gentes del mundo no comprenden esta verdad, porque no obran por la fé. Cuando vén al pié de los altares una virgen cristiana, que su nacimiento ó su espíritu hubieran podido distinguir en el mundo, renunciar el lujo y las vanidades del siglo y obligarse generosamente á todos los ejercicios laboriosos de una vida penitente y religiosa, se lastiman de ella, la compadecen y lloran; miranla como una tierna víctima que por sí misma va á presentarse al altar y á entregarse inocentemente á su sacrificio. Oyense los votos que hace, como decretos que pronuncia contra sí misma. Esas palabras de obediencia, de pobreza y de mortificación, á las cuales el mundo está tan poco acostumbrado, son palabras que les aterran. El claustro les parece una especie de cautiverio, que por voluntario que él sea en los principios, llega á ser pesado en adelante. Apodérase de los concurrentes una falsa compasión y una ternura mundana, por la cual les cuesta trabajo creer que otros hagan voluntariamente lo que ellos no tendrían valor para hacer. Miran como desgracia el dejar lo que ellos tienen por felices en retener; y juzgando de otro por su propia debilidad, temen siempre que se arrepientan de haber roto los lazos que conocen muy bien no ser ellos capaces de romper.

Pero, sepan que nada hay imposible para la gracia; que Jesucristo cuando elige esposas, sabe muy bien el medio de conservarlas; que aquel que les ha inspirado el designio de seguirle, les dá fuerza para

ejecutarle : que ellas llevan la cruz de Jesucristo, y la cruz de Jesucristo las lleva á ellas ; que se ven las penas exteriores que padecen, pero que no se ven los consuelos interiores que reciben ; que sus sufrimientos no pueden ser sinó felices, puesto que tienen á la caridad por principio, á Dios por objeto, y al cielo mismo por recompensa ; y que su servidumbre es gloriosa, puesto que más es reinar que servir á Dios.

Pero ¿so tienen ellos por más libres ? ¡Ay! y como el mundo está lleno de una especie de esclavos, que son tanto más infelices, cuanto más imaginan ser libres ! El uno se aplaude á sí mismo, porque está en el camino de su fortuna, y le parece percibir ciertas esperanzas de adelantarse. Peró ; ah, y que esclavitud ! Es necesario velar continuamente en sus intereses ; hacerse adulador hasta dar en la baja ; experimentar todas las tristezas que causan de ordinario las esperanzas y las fortunas dudosas. Es necesario tolerar los ataques declarados de los enemigos, las traiciones secretas de los envidiosos, los celos malignos de los iguales, las sátiras picautes de los inferiores, y los extravagantes caprichos de los señores. Este se tiene por dichoso, porque satisface su avaricia y porque aumenta sus rentas ; pero ¿qué de cuidados, qué de accidentes, qué de inquietudes no tiene ?

¡Qué diferente es tu suerte, amada hermana mia ! Al parecer te haces cautiva ; pero adquieres la verdadera libertad de hijos de Dios. Cesas de gozar de todas las ventajas que se poseen en el mundo ; pero comienzas á gozar de la felicidad que los santos poseen en el cielo, la cual no es otra cosa que una apacible y voluntaria necesidad de obedecer y de agradar á Dios. Te abrazas con la cruz de Jesucristo hasta el último suspiro de tu vida ; resolución digna de un corazón como el tuyo ; pero ¡cuán dulce es llevar las cadenas, cuando es la caridad la que las ha formado, y cuando nos unen á Jesucristo ! Ya no te perteneces á tí misma, es verdad, y tu voluntad no servirá más para reglarte, ni para conducirte ; pero en recompensa estas en las manos de la Providencia, y no queriendo sinó lo que Dios quiere, su voluntad llegará á ser la tuya. Ninguna cosa podrá turbar tu reposo que está fundado sobre Dios mismo ; y mientras que las hijas del siglo, llevadas del deseo de ver y de ser vistas, sacarán á paseo, como en triunfo, su indiscreta y peligrosa libertad, y mientras que celosas no solamente de hacer su voluntad, sinó tambien de cautivar las de otros, arrastrarán en pos de sí esclavos de sus vanidades, esclavas ellas mismas de su ambicion y de su amor propio, tú, encerrada en el estrecho espacio de un claustro y de una celda, pero elevada en espíritu sobre todas las cosas

criadas ; oculta bajo la oscuridad de un velo, pero ilustrada de las luces de la verdad ; pobre de los bienes de este mundo, pero rica de todos los tesoros de la gracia ; incógnita á los hombres, pero agradable á Jesucristo, pondrás toda tu gloria en no tenerla, y todos tus cuidados en corresponder á lo que Dios te pide y á las gracias que te ha dado ; porque la fé te ha hecho renunciar tu libertad y porque te incita á darte á Dios sin reserva.

2. El primer homenaje que Dios pide del hombre es el del corazón ; ya porque siendo nuestro primer y último fin, ninguna cosa ha adquirido de nosotros tan naturalmente como esta parte de nosotros mismos, que es la fuente de los deseos y de los afectos, y como el centro de todos los movimientos del alma, que pueden inclinarnos al bien : ya porque siendo el corazón en nosotros la cosa más viva que tenemos, es tambien la primera víctima que debemos sacrificar al Señor ; ya, en fin, porque siendo el corazón el asiento de la concupiscencia ó de la caridad, é incluyendo los principios y los motivos de nuestras acciones, los determina á Dios ó al mundo. Pero, no solamente pide Dios el corazón, sinó todo el corazón, sin disminucion, sin interrupcion y sin division.

Ahora bien, *la division y la reparticion del corazón es el carácter de las gentes del mundo.* No hablo aqui de los grandes pecadores, sinó de los buenos, segun el mundo. Y digo que su estado es un círculo perpétuo de ocupaciones exteriores, que los empeñan en el cuidadoso afán de una familia y en el trabajo embarazoso de muchas obligaciones domésticas. Difícil es que la complacencia que se debe á los hombres no disminuya la que se debe á Dios, que las ocupaciones exteriores no entibien el fervor del corazón, y que un corazón pueda atender á tanta diversidad de objetos por mucho cuidado que tenga en reducirlos á uno solo. Y sinó, apelo á vuestra conciencia, amados oyentes míos. ¿Cuántas veces queriendo recogeros en la oracion, habeis tenido trabajo en volver á hallar vuestro corazón, que habiais dejado andar errante de objeto en objeto por el dia ? ¿Cuántas veces habeis sentido vuestro espíritu abrumado y lleno de una infinidad de imágenes mundanas ? ¿Cuántas veces reducidos á la triste necesidad de servir á dos señores, de amar al uno y aborrecer al otro, si no os habeis declarado, á lo ménos habeis estado como suspensos, deseando satisfacer á ambos, y tener aquel corazón doblado que Dios maldice, *Vae duplici corde* (ECCLE. II, 14) en sus Escrituras ? ¿Cuántas veces tocados por una parte del deseo de la salvacion, apegados por otra á los intereses de familia, habeis levantado con una mano altares á Jesucristo y con otra á la fortuna ?

Todo os aparta de Dios; la corrupcion de la naturaleza, cuando no está reprimida la impresion que hace sobre los espiritus un mal ejemplo; la preocupacion que causa la costumbre sin que se la perciba; la irresolucion y la inconstancia casi inevitable cuando hay muchas obligaciones; el peligro que hay en la multiplicidad de obligaciones de no aplicarse á la principal; la inclinacion que hay á desear lo supérfluo, cuando se ha adquirido lo necesario; la disipacion del espíritu en los diferentes cuidados que le turban y le inquietan; y en fin, todo ese comercio del mundo, cuyas conversaciones, cuyas palabras, cuyas acciones y cuya vista misma son contagiosas.

Pero las vírgenes de Jesucristo apartan de su corazon todos los obstáculos que se oponen al amor de Dios, y son contrarios á la perfeccion; la codicia de los bienes por la pobreza; el desseo de los placeres por la castidad, y el desarreglo de la voluntad por la obediencia. Apartan de sí todo motivo de distracciones que pueden apartarlas de Dios, el cuidado de las riquezas, el cuidado de una familia, el cuidado de su propia conducta en las diferentes ocasiones de la vida. Ellas sacrifican á Dios todo lo que pueden poseer, todo lo que pueden amar, todo lo que pueden desear, y reducen todos sus afectos á la simplicidad del cristianismo. Ellas no tienen sinó un principio, no tienen sinó un objeto y no tienen más que un fin; ellas no tienen que pensar sinó en Dios y en vivir ocupadas en la admiracion de su bondad, en el reconocimiento de sus beneficios y en la esperanza de sus promesas.

¡Qué diferente es esta condicion de la de los cristianos en la vida comun! Los unos, limitados á unas virtudes medianas y teniendo casi necesariamente la tierra por una parte de sí mismos, son llamados al servicio de Dios. Otros, consagrados en las virtudes más perfectas y en las más nobles funciones del cristianismo, teniendo ya su conversacion en los cielos, pueden llamarse los ciudadanos y los domésticos: *Cives sanctorum, et domestici Dei* (Ephes. II. 19). Aquellos, cargados de la pesada carga de las ocupaciones exteriores, caminan lentamente en los caminos de Dios; estos, descargados de todo cuanto puede retardarles su curso, caminan á paso largo hácia la Jerusalem celestial. Demasiado felices los primeros en guardar los mandamientos, tienen bastante trabajo en llegar á ser buenos; dedicándose los segundos á cumplir hasta los consejos, trabajan en llegar á ser perfectos. Siguen los unos á Jesucristo hasta la cruz, los otros son crucificados con Jesucristo.

Esta es, amada hermana mía, tu vocacion. El día de hoy ponés un espacio infinito entre tí y el mundo. Te prohibes su comer-

cio; renuncias sus usos y sus costumbres; borras tambien de tu espíritu todas sus ideas; tu voluntad propia no debe obrar ya más; este es un don que has resuelto hacer á Dios. Ningun afecto del siglo debe moverte ya; esto seria dividir tu corazon y Dios te lo pide todo entero. Ninguna mirada se te debe escapar más hácia la parte del mundo: te has vuelto hácia Dios y te prohibes el volver á mirar atrás.

Grandes son las obligaciones que contraes, y muy estrechos tus empeños; pero las recompensas que te aguardan son mucho mayores. Parece que oigo una voz que viene del cielo, que responde á los votos que le haces, y volviéndote Dios promesa por promesa, te dice en esta dia: Tú desprecias por mí los bienes temporales y yo me obligo á colmarto de todos los espirituales. Tú te despojas de tí misma y yo te llenaré de mí espíritu. Tú abrazas mi cruz y yo te daré mis coronas. Tú prometes privarte de todos los placeres de los sentidos, y yo te prometo saciarte del torrente de delicias, que preparo á los que me han servido fielmente. Estas son, amada hermana mía, las recompensas que puedes aguardar de la misericordia del Señor y que yo te deseo. En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

RELIGIOSA.

(PROFESION DE UNA)

II.

Sponsobo te mihi in sempiternum; et scies quia ego Dominus.

Te desposaré conmigo para siempre, y conocerás que yo soy el Señor.

(Oss. II. 19 et 20.)

« ¡Cómo podrán mis labios narrar la gloria y las riquezas de esta alianza que la Iglesia concede, que el sacrificio confirma, que la bendicion consagra, que los ángeles proclaman en los cielos, y que el Padre celestial ratifica en las alturas (TERTUL. AD UxorEM) ? » Así se

espresaba Tertuliano respecto del sacramento que une á los esposos mortales por medio de un lazo sagrado é indisoluble, y que el apóstol S. Pablo califica de grande en Jesucristo y en la Iglesia. Si, pues, preconiza en tan magníficos términos una alianza terrenal, ¡qué hubiera dicho, carísima hermana, y qué no puedo yo decir de esta alianza mucho más sublime y gloriosa que vas á contraer con Jesucristo!

A la faz del cielo y de la tierra, entre las oraciones y bendiciones de los fieles, y durante la inmolación de la santa víctima, celebrase esta union espiritual y este contrato inviolable que el Cordero sella con su sangre. Un velo negro, símbolo de la muerte y de la sepultura del Salvador, anuncia á la esposa su muerte al mundo y su vida oculta y sepultada en Jesucristo. Los frutos de esta alianza son espíritu y vida, la edificación de la Iglesia, el buen olor de las virtudes, todos los frutos de gracia y de salvación.

Una alianza terrenal supone siempre ventajas recíprocas, concesiones mútuas; por una parte, la dote de la esposa, y por otra, los bienes que el esposo la asegura. Aquí es muy distinto. La esposa celestial no reconoce por bienes verdaderos sino los que él legará á sus discípulos por su testamento de muerte: la pobreza, la abnegación, los sufrimientos. Para que la esposa halle gracia ante sus ojos, el Esposo exige que solo le traiga una completa pobreza. Trae pues, oh esposa, á esta alianza un corazón vacío de todo lo que no es Dios: *despójate, sacrificate, olvidate*, que esta es la dote que se te pide para la alianza más augusta y sublime. Por su parte, el Esposo se comprometo á *darte en la otra vida y ya en ésta el céntuplo* prometido á los que todo lo abandonan para seguirle. Voy á probar estas dos verdades: pídamos primero la gracia: A. M.

1. Dios te pide, carísima hermana, que te desprendas del mundo y de todas las cosas del mundo para vivir retirada con tu Esposo en la soledad.

¡Mirad esa paloma que se apresura á entrar en la arca por no mancharse al poner los pies en una tierra inundada de un diluvio de iniquidades! El Señor la ha dicho al oído, como al padre de los creyentes: *Egredere de terra tua*. Esposa de Jesucristo, no busques á tu Esposo en donde no está, Y Jesucristo no está en el mundo; Jesucristo es la paz, y en el mundo reina la discordia; Jesucristo es la justicia, y en el mundo triunfa la iniquidad; Jesucristo es la caridad, y el mundo se goza en el odio... Sal, pues: *Egredere de terra tua*. ¡Dichoso aquel que no tiene más tesoro que la pobreza del Señor, con la que se ha enriquecido el mundo! El amor á la pobreza hace reyes, y

el apego á los bienes de esta vida hace esclavos. ¡Oh pobreza, pobreza, dulce amiga y compañera nuestra! ¡Oh tesoro infinito que se comunica sin agotarse! Cierra pues los ojos al brillo falaz de esas riquezas cuya posesion nos cambia, cuyo amor nos corrompe, y cuya pérdida nos atormenta. Sal de esa nueva celada que el espíritu engañador arma bajo tus plantas: *Egredere*.

Pero hé aquí una separación más sensible porque afecta á las inclinaciones más tiernas y legítimas que la naturaleza ha puesto en el fondo de los corazones. ¡Quién no sabe cuan fuertes son los lazos que nos unen con una familia querida? ¡Quién no conoce las dulzuras de la amistad, el encanto de la sociedad doméstica y los tiernos recuerdos del techo paterno, cuna de nuestra niñez, morada de nuestros abuelos? ¡Cómo! ¡no puedo abandonar el mundo sin renunciar á lo que más amo en el mundo? ¡Hay que abrir una llaga dolorosa después de tantos sacrificios? Lazos de sangre, lazos de amistad, lazos de obligaciones, lazos de empleos, lazos de negocios... ¡qué de cadenas se han de romper á un tiempo! Si, amada hermana mía; pero ¡qué importa, si eres feliz al librarte de ellas? Acuérdate de que no naciste para tus padres, ni para ti, sino para el Dios á quien has comenzado á pertenecer. Sal pues del seno de tu familia, olvida la casa de tu padre: *Egredere de cognatione tua, et de domo patris tui*. Aún no hasta este desprendimiento. Hé aquí otro sacrificio.

Digo, en segundo lugar, un sacrificio de privación por el cual niegas á tus sentidos el uso de los deleites legítimos, para consagrar tu cuerpo á Jesucristo, por el voto de la santa virginidad, voto sublime que dá especialmente á las almas religiosas el título de esposas del Cordero. Vive, pues, en adelante, carísima hermana, como si estuvieses emancipada de la esclavitud de los sentidos. Remóntese tu alma y abandone esta casa de barro que por todos lados amenaza ruina. Reforma esta carne de humillación y de pecado á imagen del cuerpo glorioso de Jesucristo resucitado; lórnese impassible, espiritual, angélica: *Angelisata caro* (TERTU). Tú seguirás las huellas de María, que fué la primera que levantó el estandarte de la virginidad. Virgen como ella, no solo de cuerpo, sino sobre todo de espíritu; humilde de corazón, grave en tus discursos, modesta en tus actos, aplicada á un trabajo asiduo, negarás á tus sentidos los consuelos más inocentes para gozar mejor de las delicias espirituales.

Dice S. Bernardo, que Dios estableció una ley proporcionada á la dignidad de la alianza de las vírgenes de Jesucristo. Por un esposo mortal, la mujer ha de dejar á sus padres; pero él dispuso que por el Esposo celestial se dejara á sí misma. ¿No es justo que lo sacrifique-

mos todo á quien todo nos lo ha dado? ¡Desgraciado pues de quien se reserva á sí mismo, despues de hacer don de todo lo demás! *Abneget semetipsum*, dice el Evangelio. Y ¿cómo renunciarás á tí misma, carísima hermana? Obedeciendo á los superiores para guardar la regla; y cumplir la regla para obedecer al Evangelio... Quiere el Esposo celestial que le amen y sirvan como á Dios; pero sabe tambien premiar como Dios: *Scies quia ego Dominus*.

2. Digo que el alma que á Dios se ha consagrado, recibirá el céntuplo de las ventajas temporales. La promesa de Jesus es formal: *Centuplum accipiet*. En efecto, hermana mía, ¿qué has dado al Señor que no te devuelva él con usura? Por él has abandonado el mundo, y él te abre un asilo en lo íntimo de su santuario. ¿Qué hallas dentro? plantas regadas por un rio de paz y de gracia, donde florecen las más odoríferas virtudes; un silencio semejante al de la celestial Jerusalem; el gozo del paraíso terrenal con la penitencia del primer hombre; tu morada trocada en templo; á Dios, que preside la asamblea de los justos; al Espíritu Santo que derrama la plenitud de sus dones y de sus luces; el buen olor de Jesucristo; una paz dulce y constante; todos los corazones y todos los espíritus que no forman más que uno. Allí resplandece un nuevo cielo sobre una nueva tierra... «Bienaventuradas celdas, exclama S. Juan Crisóstomo, que compien con las moradas celestiales, puesto que la visita de los ángeles y hasta del Rey de los ángeles las embellece!»

En los tesoros de la gracia recibirás tambien el céntuplo. Hasta aquí, por decirlo así, nos hemos detenido en el umbral del templo. ¿Qué sería si nos fuera dado penetrar en lo recóndito del santuario? Solo la boca de un ángel y el corazón de un serafín pudieran narrar las delicias de una oracion sublime, y aquellos diferentes estados del alma en que se purifica, se ilumina, se transforma en Dios, y aquella escala misteriosa por donde sube de virtud en virtud hasta el esplendor de la luz perfecta, y aquella union íntima en que se consuma la alianza del alma con Jesucristo. Segun S. Cipriano, los privilegios inherentes á la profesion de las vírgenes son flores del verjel de la Iglesia; Tertuliano las comprende en la familia de los ángeles; segun S. Ambrosio, la virginidad emana, como de su fuente, de Dios en Jesús, de Jesús en Maria, y de Maria en todas las almas puras...

Centuplum accipiet, et vitam eternam possidebit. Venid á ver morir la virgen fiel despues de verla consumirse lentamente en los santos fervores de la caridad. Su alma, semi desceñida de su cuerpo, se vuelve casi visible en su rostro. Ya oye los conciertos de los serafines... Abrese entretanto el cielo, llámala la voz del Esposo: *Veni*,

sponsa mea, veni, coronaberis. Dale entónces el ósculo de paz; recibe ella un nombre nuevo: ciñela su Esposo la cabeza con la aureóla de las vírgenes; pónela en el dedo el real anillo, y en los labios esta misteriosa cántiga: á Jesucristo y para siempre, á Jesucristo en el tiempo, á Jesucristo en la eternidad!

DIVISIONES.

RELIGIOSAS.—Las que desempeñan algun oficio deben mirar la presuncion como á su mayor enemigo.

Las que no desempeñan oficio alguno deben mirar la celotipia como á su mayor enemigo.

Las que están ocupadas afuera deben mirar la curiosidad como á su mayor enemigo.

RELIGIOSAS.—Las ancianas deben ser el consejo de las jóvenes. Las jóvenes deben ser el consuelo de las ancianas.

RELIGIOSAS.—La tentacion de las jóvenes es la libertad. La tentacion de las ancianas es la impaciencia. La tentacion de las que se distinguen por su celo es la singularidad.

RELIGIOSAS.—Las religiosas ménos religiosas son las más visitadas.

Las religiosas más religiosas son las más mortificadas.

Véase: VOCACION.